

Iglesia

El verdadero culto a los santos

Carlos Ignacio Casale Rolle*

En tiempos en que vemos a mucha gente expresar una particular devoción a algunos santos, este artículo nos ofrece, a partir de un texto del Concilio Vaticano II, algunos criterios para una comprensión de una auténtica veneración de los santos y su adecuada práctica.

El año pasado tuvo lugar una discusión en nuestro país a través de los medios de comunicación entre diversos representantes de la Iglesia, sobre los criterios para encausar una auténtica veneración de los santos. A esta misma revista incluso se le pidieron algunas pautas de discernimiento para interpretar adecuadamente aquella práctica.

También el año pasado se cumplieron cuarenta años de la promulgación de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, del Concilio Vaticano II, que en su número 51 establece algunos elementos. El texto —que también se puede complementar con los números que siguen sobre la Virgen María, quien es presentada como modelo humano supremo de santidad— es el siguiente:

“Este sagrado Sínodo recibe con gran piedad la venerable fe de nuestros antepasados acerca del consorcio vital con nuestros hermanos que se hallan en la gloria celeste o que aún están purificándose después de la muerte (...). Al mismo tiempo exhorta a todos aquellos a quienes corresponde para que, si acá o allá se hubiesen introducido abusos por exceso o por defecto, procuren eliminarlos y corregirlos, restaurándolo todo de manera conducente a una más perfecta alabanza de Cristo y de Dios. Enseñen, pues, a los fieles que el verdadero culto a los santos no consiste tanto en la multiplicidad de actos exteriores cuanto en la intensidad de un amor práctico, por el cual, para mayor bien y del de la Iglesia, buscamos en los santos el ejemplo de su vida, la participación de su intimidad y la ayuda de su intercesión. Pero también hagan comprender a los fieles que nuestro trato con los bienaventurados, si se lo considera bajo la plena luz de la fe, de ninguna manera rebaja el culto latréutico,

tributado a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu, sino que más bien lo enriquece copiosamente”.

LOS SANTOS NOS PERMITEN RELEER LA HISTORIA

Lo primero que se desprende del texto recién citado es que el santoral católico no ofrece una serie de nombres y figuras propuestas sólo como *objetos* atemporales e independientes a mi realidad, que uno pueda juntar, catalogar, almacenar y *ocupar*. En verdad se me ofrecen como *sujetos* con historias personales encarnadas en un tiempo determinado que me dan la oportunidad, a la luz de su testimonio y ejemplo, de que mi historia personal concreta se abra ante mí de forma diferente, que la lógica con que la examino y vivo sea análoga a la de aquel santo. Es decir, se trata de que la vida y obra de un santo del pasado modifiquen mi presente, mi vida cotidiana y mi aprehensión de la realidad. A fin de cuentas, de que el ejemplo de la actitud de un santo me permita *calzar* mi vida con el Evangelio.

La vida y obra de un santo —y eventualmente sus escritos— ante todo nos deben permitir releer la *historia* como texto y textura de Dios, como el espacio y lugar que recibe de Dios y su santo nombre —Yahvé; el Padre de Jesucristo— su sentido: historia que a su vez le otorga a este *nombre* su textura, o si se quiere su sintaxis y su gramática. Esto conlleva a ver la historia como historia de salvación, como creación de Dios, y, ante todo, como despliegue del *reinado de Dios*.

Examinar el mundo y la historia desde la perspectiva del *Reino* —que no es sino la epifanía de la voluntad de Dios para

con el mundo en la persona de Jesucristo, el *reino de Dios en persona* como dice el padre de la Iglesia, Orígenes— conlleva un reaprendizaje espiritual. Con ello, todo se debe volver a aprender y contemplar como si fuera de otra manera, es decir, como si fuera Dios reinando por medio de su Hijo, como si la creación, la historia, estuvieran determinadas, desde su médula, por Cristo en la urgencia de hoy.

Así se plantea la primera interrogante que debe suscitar la vida de un santo: ¿cómo puedo ver, leer, en la realidad, su estructura crística? Esta historia además se expande en un tiem-

hace entrar en conflicto con lo que los hombres tienen por mundo *verdadero*, no pocas veces sacralizado por prácticas de fe alejadas del llamado que Dios hace a los hombres a través de su historia.

EJEMPLO DE VIDA QUE ANTICIPA EL FUTURO

Los santos deberían convertirse así en signo de descentramiento, de que la salvación individual es un proceso que está inserto —o parafraseando a Chenu, *encarnado*— en la lucha por el mundo ver-

dadero, el mundo del reino que según el Antiguo Testamento — por ejemplo en el profeta *Jeremías*—, y en boca de Jesús es un mundo “extraño”, donde las viudas tienen cobijo, los huérfanos pan, los enfermos cura y compañía y los marginados están al centro de la fiesta de la vida. Así, el ejemplo (*exemplum*) de vida de que habla el Concilio debe permitirnos captar y vivir el mundo como reino de Dios, como despliegue poderoso de la voluntad de Dios manifestada en Cristo, que es el centro, el núcleo de lo creado, más aun, el *modelo*, la *imagen*, que tuvo Dios para crear. De esta forma, tal ejemplo de vida recién aludido no es un regreso a un pasado ideal, ni la mera sacralización del presente, sino fuerza del futuro que me obliga a vivir la vida como anticipación de ese futuro en tanto praxis de amor. De esta manera, el culto de veneración a los santos debe encaminarnos a rendir gloria a Dios, al culto de adoración. Y este consiste, en gran medida, en que su verdad nos pide un asentimiento al mundo verdadero, del Reino; un *sí* no

pocas veces contractual y expresado como lucha contra el anti-Reino y la desgracia.

Como ya dijimos, el verdadero ejemplo de los santos nunca puede consistir en modelos de salvación en solitario, en una especie de piedad narcisista, como si el núcleo de mi búsqueda de la gloria a Dios consistiera en un camino autista de salvación. Esta es una experiencia de orden eclesial, en el sentido de que está integrada en la *communio* de la Iglesia, en el *sensus fidelium*, como sacramento y anticipación del plan de Dios para con todos los hombres, en la lucha por el bien común, por el



El verdadero ejemplo de los santos nunca puede consistir en modelos de salvación en solitario, en una especie de piedad narcisista, como si el núcleo de mi búsqueda de la gloria a Dios consistiera en un camino autista de salvación. Esta es una experiencia de orden eclesial, en el sentido de que está integrada en la *communio* de la Iglesia.

po que apremia, como nos recuerda en su inicio del *Evangelio de Marcos*. “el tiempo —el *kairós*— se ha cumplido... conviértanse y crean en la Buena Nueva” (Mc 1,15).

De lo anterior se desprende otra interrogante central, y que tiene relación con que los santos deben tener la capacidad de hacernos “abrir” (*Disclosing*) el mundo para verlo en su complejidad y tamiz: ¿qué nos dice Dios de la historia? Dios ha hablado por Jesucristo, quien ha vivido de manera ejemplar y paradigmática el amor activo no para autogloriarse, sino para realizar su existencia como existencia para los demás. Una *proexistencia* a favor del plan de Dios y de la salvación de los hombres bajo las condiciones de pecado de su época, lo que lo

* Profesor de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

mayor grado de humanidad de la humanidad.

El mayor grado de humanidad al cual hemos hecho referencia nos remite a la santidad en su carácter corporal, político, afectivo. Cristo, modelo supremo, ha asumido todo lo humano como bueno ante Dios y es en todas las dimensiones de la humanidad donde se debe vivir la santidad. Los santos no son, pues, modelos absolutos de perfección, dado que sólo Dios lo es. Incluso a veces hay aspectos claroscuras en sus vidas y en sus discursos, como por ejemplo: el reflejo de épocas en que no se valorizaba lo corporal, o más, se lo consideraba como lo que alejaba de Dios; planteamientos algo misóginos, eurocentristas o excesivamente sacralizadores de la realidad como *lo verdadero*; una actitud de resignación demasiado tibia ante los hechos, y que hoy juzgaríamos incluso como ideológica; exigencias de mortificación innecesarias; excesiva concesión de valor al sufrimiento; planteos poco integradores de la praxis en la vida contemplativa, etc. Por eso hay que evitar la idolatría del santo. El Concilio distingue entre la gloria a Dios y la veneración a los santos, ya que estos son sólo ejemplos, testigos y no fines en sí mismos.

LA EXPERIENCIA DE LOS SANTOS COMO EXPERIENCIA DE DIOS

La vida de los santos y su veneración, por último, se pueden convertir, como nos pide el Concilio, en un ámbito privilegiado para vivir y experimentar la dimensión de *lo santo* –como categoría antropológica fundamental que nos habla de una apertura del hombre a lo trascendente, a *lo totalmente otro*, a lo que no está simplemente a la mano, a lo *numinoso*, como dicen los fenomenólogos de la religión. Esta dimensión nos habla, por cierto, de aquel aspecto humano fundamental de la libertad, en cuanto su destino no puede restringirse a nada mensurable, sino que está abierto siempre a lo nuevo, a lo indeterminado. No a un indeterminado cualquiera, sino a un *prometente*, Dios, que se ha revelado como fiel y nos ha anticipado ese talante de fidelidad a través y de forma privilegiada, en la vida de los santos y en el lugar que estos ocupan ahora en la Iglesia celeste en comunión íntima con la peregrina... Dependerá de una cuidada e intelligen-



Imagen del P. Alberto Hurtado

Se trata de que la vida y obra de un santo del pasado modifiquen mi presente, mi vida cotidiana y mi aprehensión de la realidad. A fin de cuentas, de que el ejemplo de la actitud de un santo me permita *calzar* mi vida con el Evangelio.

te pastoral, con atención a lo teológico, lo estético (¡casi siempre tan olvidado!), lo sociológico, entre otros aspectos, reconducir siempre estas experiencias de los santos a una auténtica trascendencia, como nos revela la experiencia bíblica, en donde lo *santo*, como indicación de *lo separado* de los otros, y como *atributo* central de Dios, se manifiesta como tal en que nadie ni nada puede amar así, con lo que se revela su carácter no mundano, no derivable, como nos recuerda el profeta *Oseas*.

Además, en el acto de *intercesión*, los santos nos manifiestan el poder de Dios que actúa en la historia, un poder, sin embargo, que no puede ser solicitado de forma autárquica y con pretensiones egoístas, sino como revelación de un poder que, amén de misterioso y siempre presente, presupone que Dios no es sólo agente sino también sujeto y participante de la historia de salvación; no es un motor externo de dicha historia salvífica, sino un Dios que salva empáticamente, en ella y desde ella.

“¿QUÉ HARÍA CRISTO EN MI LUGAR?”

De lo dicho se desprende que a través de la vida de los santos se abre una existencia estructurada en el desinterés y en la gratitud, y no en la recompensa, como contexto de una auténtica praxis de amor crístico, fin último de la veneración a los

santos. Una vida como *acción de gracias* ante el milagro de la existencia, que tiene mucha consonancia con replanteos, que alzan la voz desde la filosofía invitando a repensar lo verdaderamente humano.

A modo de ejemplo de cómo los santos son modelos a seguir de “la intensidad del amor activo” de Cristo en cada contexto, valga recordar una reciente homilía de Juan Pablo II sobre el santo de la Congregación del Verbo Divino, José Freinademetz (Oies/Italia 1852) que entre 1879-1908 misionó en China: “Toda su vida estuvo marcada por el esfuerzo de hacerse chino entre los chinos, al punto de escribir a sus familiares: *«Yo amo a la China y a los chinos; en medio de ellos quiero morir; y entre ellos ser sepultado»*... A fines de 1907... se desató una epidemia de tifus. José, como buen pastor, prestó su asistencia incansable, hasta que él mismo contrajo la enfermedad. Volvió inmediatamente a Taikia, sede de la diócesis, donde murió el 28 de enero de 1908. Freinademetz supo descubrir y amar profundamente la grandeza de la cultura del pueblo al que había sido enviado. Dedicó su vida a anunciar el Evangelio, mensaje del Amor de Dios a la humanidad, y a encarnar ese amor en la comunión de comunidades cristianas chinas. Animó a esas comunidades a abrirse en solidaridad con el resto

del pueblo chino. Entusiasmó a muchos chinos para que fueran misioneros de sus paisanos como catequistas, religiosos, religiosas y sacerdotes. Su vida entera fue expresión del que fue su lema: *«El idioma que todos entienden es el amor»*.

Unas líneas finales a propósito de la canonización del beato chileno Alberto Hurtado, que tendrá lugar el 23 de octubre de este año en Roma. Para

este hombre santo, como para Jesús, lo más importante es hacer la voluntad de Dios, de la que Jesús es *paradigma*: “Aquí está la clave: creer en Cristo”; el Cristo del Reino subraya Alberto Hurtado, que nos invita a preguntarnos: “¿qué haría Cristo en mi lugar?” Como bellamente escribe el teólogo jesuita chileno Jorge Costadoat en un inspirador libro de breves ensayos y reflexiones: “Por ser social, su mística es auténticamente cristiana. La espiritualidad del Padre Hurtado es Cristo; su santidad, el Cristo que a través de su espíritu lo movió a él y mediante él a otros, a convertir este mundo malherido en el reino de Dios”¹. ■

¹ *La originalidad de la espiritualidad del Padre Hurtado*, en: id., Si tuviera que educar a un hijo. Ideas para transitar la humanidad, Santiago 2004, 87-92, aquí 92.